



Rosa Martínez de Lahidalga
Secretaria General de la Asociación Española de
Críticos de Arte

CARLOS CIRIZA:
Forjar el sueño. Domar la forma

Una de las características que ha dominado el arte escultórico contemporáneo es su *fe en la forma*. La necesidad que el artista tiene de buscar nuevas formas expresivas, le ha conducido al logro de unas formas más significativas que miméticas y más trascendentes que representativas.

En los primeros años del siglo que acaba de concluir, el predominio de la abstracción geométrica confirmó la frase acuñada por L. Kassák de que "nuestra época es la de la constructividad". El arte abstracto se dirigió inicialmente a la geometría pero no fue ésta la única vía por la que discurrió, sino que se abrió a su vez a la morfología orgánica hasta conseguir el signo formal por antonomasia. Hubo artistas, desde Tatlin, a Malevich, pasando por Gabo y Pevsner, representantes del primitivo pensamiento constructivista, pero también quienes buscaron en la rotundidad esencial del volumen sin aristas, como Brancusi, la energía contenida en la forma; otros que, a partir del objeto encontrado, la piedrecilla o la raíz arbórea, iniciaron la senda de una poética *povera*, y quienes acabarían por abrir el volumen orgánico al espacio como hiciera Henry Moore, por lograr la desocupación del cubo, como Jorge Oteiza.

La escultura abstracta renuncia al rigor de la lógica y defiende los valores de la experiencia personal con cuyos fragmentos crea sus símbolos. A ello han contribuido sobre nuestro suelo, tanto Julio González con sus hierros vigorosos, como Oteiza, Chirino y Chillida, en la consecución de un lenguaje expresivo de la verdad siempre buscada.

La obra del escultor navarro Carlos Ciriza, cuya fuerza expresiva e inquietud investigadora hace que figure entre lo más significativo del momento artístico actual, no es ajena al espíritu que anima a la plástica de quienes fueron innovadores de la forma escultórica, en cuyas obras el espacio se revela como elemento esencial e imprescindible que es en la escultura del siglo XXI, llamada a hacer de la forma una metamorfosis constante que mutará, rotundidad en flotación; gravidez en ascensión etérea; dispersión en contención y síntesis.





Carlos Ciriza se reconoce pintor y escultor. En su iniciación artística primero fue la pintura, pero pronto pasó del lienzo al estudio de la talla en madera, a realizar trabajos de modelado en cerámica o en escayola y a descubrir después la pasión por la forja y la fundición. Ello le ha permitido conocer el comportamiento de cada material y profundizar en el dominio de un registro de lenguajes que le han llevado en cada caso y según su necesidad de comunicación, a elegir el medio más adecuado a la voluntad de construcción formal que anima su obra.

Su escultura, tanto en pequeño como en gran formato, posee un sentido claro de la monumentalidad. En su producción, hay momentos en que se imponen las formas geométricas puras y el espacio como realidad mensurable, mientras que en otros, son inquietudes de otra índole, como la dimensión frente a la Tierra e incluso una simbología de tipo trascendente, las que animan su obra.

Formas en hierro, acero, bronce, mármol y madera, hablan del hombre cosmográfico y del hombre geográfico también, sujeto a las tensiones de un espacio y un tiempo que le llevan a resolver en armonía nuevos planteamientos escultóricos abiertos al futuro.

En su hacer confluyen dos corrientes: de un lado, aquella que persigue la composición estática y con preferencia rígida de las formas que recuerdan las construcciones fundamentales de la geometría, y de otro, la que tiende a quebrantar la inmovilidad usando curvaturas que ofrecen el volumen sensibilizado en el espacio.

No imitativo por temperamento, Carlos Ciriza ofrece a lo largo de su evolución escultórica un abanico de intenciones formales y expresivas. Todo surge en torno a la inquietud por el logro de la forma escultórica y la intervención del espacio como parte de la misma que la contiene o la penetra. Nos hallamos ante una voluntad de simplificación formal y un rigor constructivo patente, pero también ante una dimensión del signo poético que ahondará en fuerzas apegadas al rumor de la tierra y registradoras del paso de la historia.

Roland Barthes ha reflexionado en diversos estudios sobre cómo la forma artística construye un lugar para el deseo y para la interpretación. A la luz de su reflexión y a la vista de las formas de Carlos Ciriza, se hace patente hasta qué punto son contenedoras de una carga conceptual específica, cuyo significado multiplica el contemplador con sus propias interpretaciones. La herencia de Julio González aún puede rastrearse en algunas de sus formas en hierro de ayer. Las hay evocadoras de arados que trazaron surcos en la tierra y aventaron al aire sueño y fatigas. En otras aparecen aunados materiales como el acero, el bronce y el roble, en la construcción de formas que sugieren estructuras cerradas que pugnan por salir de un hermetismo casi inexpugnable.





En la década de los ochenta, la conjunción de planos cortantes, en desnudez extrema, habla de esenciales estructuras proyectivas. Ya en los años noventa gana la contundencia del volumen y la inserción de la forma en el dominio del signo.

Autor de importantes esculturas monumentales, algunas de ellas se hallan situadas en el paisaje abierto o en enclaves urbanos. De 1996, y aunque fuera del contexto de su producción habitual, data la obra *Homenaje al toro*, que se encuentra en Pamplona junto al coso taurino. En ella cuatro cabezas de astados orientadas a los cuatros puntos cardinales se sustentan sobre un basamento.

En ocasiones de excepción como en el monumento que realizó para conmemorar el centenario de la Provincia Capuchina de Navarra, Cantabria y Aragón, se ha servido del signo sacralizado. Una gran Cruz despega de la plancha rotunda y establece con el hueco desplazado una tensión de fuerzas que hacen del vacío símbolo del dolor y potencial de esperanza.

Obras más próximas parecen dar respuesta a la plasmación de un sueño en el que la materia que se erige en cuerpo condensador de energía y cuyos perfiles en ángulo o en abiertas curvaturas se imponen al espacio abierto.

Hemos contemplado formas de gran tamaño que, a manera de *dólmenes*, trazan un nuevo abecedario de perfiles silueteados, sugerentes en su rotundidad de que es el espacio circundante el que las modela. En la obra titulada *El gigante guardián*, enclavada en Sumbilla, junto a la impronta de lo totémico se impone la fluidez pesante de una inocencia bienhechora. "Homenaje a la familia", una de sus obras más figurativas, no en lo que tiene de representativo sino de alegórico, muestra dos formas en las que el espacio, además de ser receptor, es elemento aglutinador de los volúmenes.

Entre las piezas que no hace mucho pudimos ver en la Galería- Estudio que el artista posee en Pamplona, llamó nuestra atención la alternancia formal de ondulaciones y curvaturas, inventadas unas y evocadoras otras, de signos ancestrales alimentados tal vez en la rica iconografía de un románico del que tan bellos ejemplares hay en su tierra natal. Encuentro y desencuentro de curvas y espirales y en ocasiones, alusión al utillaje industrial y de la forja también. En todo caso, formas dotadas de una carga expresiva que pertenecen y configuran el propio código del artista.

Atenta a la ley de los contrastes, su obra es rica en el logro de pátinas diversas y en el aprovechamiento de calidades y sugerencias formales que la diversidad de materiales que utiliza le brindan. La producción reciente revela a un artista de cuya plenitud hablan las propias formas.

Asistimos a una propuesta de tensiones entre lo telúrico y lo arquitectónico; lo dinámico y lo estable; lo objetual y lo conceptual. La rotundidad plástica de sus creaciones, en las que se impone la jerarquía debida al vano y a la oquedad y el contraste entre lo sólido y lo vacío redundan en el interés de una escultura coherente y potente.





Con el paso del tiempo la obra ha experimentado una reducción de elementos y se orienta a la búsqueda de estructuras cuyo contenido formal trasciende lo constructivo. Condensadoras de energía, en su simplificación formal pulsan la austeridad extrema y potencian su expresividad en la contención que las limita. No obstante, subyace a ellas un oculto sentido simbólico que las fecunda y abre a nuevas proyecciones.

Carlos Ciriza ha desarrollado una intensa actividad no sólo como pintor, en la línea de un peculiar expresionismo abstracto y de escultor, como venimos anotando, sino también como gestor de encuentros culturales y artísticos. En 1996 fue nombrado miembro del Consejo Navarro de Cultura y ha sido hasta 1999 Presidente de la Comisión de Actividades Artísticas y Culturales.

Nacido en Estella, Navarra, en 1964, su curriculum incluye, junto con los estudios realizados, viajes por Europa y Estados Unidos, donde ha contemplado el arte de su tiempo y tomado contacto directo con artistas, con algunos de los cuales ha realizado exposiciones dentro y fuera de España.

Si en 1992 viaja a Nueva York, donde realiza una serie de pinturas en las que el expresionismo abstracto adquiere timbres propios, en 1999 es invitado a representar a España en la *Semana Internacional de Pintura Eslovenia* y en el 2000 expone en Paderborn (Alemania), al tiempo que participa con su obra escultórica en el *VI Congreso Internacional de Cultura Europea* que se celebra en la Universidad de Navarra.

Dada la capacidad investigadora que posee y a la vista de su laboriosa trayectoria, no es aventurado afirmar que el tiempo ha de consolidar una obra anticipadora de nuevos entronques formales.

Nacida de una disciplina reflexiva y planteada desde el dominio de la razón, su escultura es exponente de quien se siente vocacionalmente llamado a dar respuesta a una incesante voluntad creadora. En ella se da una mezcla de sensualidad refinada y de organizada potencialidad donde la materia, más allá de sí misma, se transforma y cumple su proceso consolidando y elevando el volumen al orden de los grandes símbolos de expresión y gesto.

